

**HISTORIA DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES-  
TÁCHIRA  
(En el Cuadragésimo Aniversario)**

**Román Hernández Dávila**

Agradezco al consejo de núcleo y al vicerrector, profesor Alfonso Sánchez, por concederme el honor de escogerme como orador de orden en el cuadragésimo aniversario de la Universidad de los Andes en el Táchira, y así permitirme referenciar la siembra de nuestra alma mater en esta tierra.

La línea del poeta Antonio machado que expresa que no hay camino hecho, sino que éste se hace al andar, parece significar la presencia de la ULA en el Táchira. Son 40 años de construir utopías para ayudar a caminarlo, forjarlo y engrandecerlo con una cada vez más arraigada academia.

La utopía es el sueño de la racionalidad, dijo Octavio Paz, y si proyectamos en el tiempo el origen de la ULA en el Estado, deberíamos aseverar que el sueño parecía irrealizable, pues ninguna otra institución universitaria ha tenido que vencer tantos obstáculos, tanta adversidad para hacer valer sus méritos. Se

puede decir que “hemos peleado hasta con armas rotas” por su existencia en el Táchira.

A la ULA nada le ha sido fácil. En sus albores le correspondió vencer la reacción de quienes veían un peligro el asentar en la región una universidad popular, pública y autónoma. Al abrir sus puertas deambulamos de un sitio a otro por conseguir una planta física decente y propicia al desarrollo de sus funciones vitales. Correspondió luego enfrentar exitosamente las corrientes internas que desde estructuras de poder en Mérida querían eliminarla, porque significaba un foco de rebeldía ante el autoritarismo, y para quienes veían en sus feudos amenazas en la distribución presupuestaria.

Correspondió después sobrevivir a la intención de soslayarla para imponer otra institución, que bien merecía el Táchira, pero no en desmedro de la nuestra.

Anejo a este desideratum, la ULA Táchira debió superar sus propios demonios, representados por la inercia institucional, la rutina paralizante y las disputas destructivas.

En ese discurrir, quién lo hubiera creído, la ULA pasó de ser una extensión de la escuela de educación, dependiente de la lejana facultad de humanidades de Mérida, a ser un poderoso núcleo universitario diversificado en áreas del conocimiento

claves como son: ciencias de la educación, de la comunicación, de la administración y de la salud. De padecer hacinamiento en locales inapropiados para el quehacer educativo tomados por el movimiento estudiantil, sin espacio si quiera para ubicar los libros, a contar con planta física propia, moderna y digna.

De iniciar con apenas 150 pioneros estudiantes, hasta alcanzar en la actualidad 4624, incluyendo la matrícula de medicina, y 9094 egresados. De 8 profesores a tener una cifra cercana a los 300, con cerca de 60 de ellos con título de doctorado, duplicando y más en este renglón a la institución universitaria que le sigue, significando, en el caso de educación, la primera escuela en cuanto a profesores doctores en el país y superando abiertamente el 9% promedio de las universidades venezolanas.

Nueve grupos de investigación; 01 centro de investigación especializado en estudios de frontera e integración; 65 investigadores activos; 71 proyectos de investigación en desarrollo; 38 PPI; el máximo premio de investigación científica en el país; 54 premios estímulo al investigador; 5 revistas de difusión científica, hablan por sí mismo de la productividad en la creación y propagación del conocimiento, potenciando también, de esta manera, el desarrollo de importantes postgrados acreditados por el CNU y los que se inician en: Ciencias de la

Comunicación, Derecho Mercantil, Fronteras e Integración y Administración mención Gerencia; así como a los que están en proceso de autorización, incluyendo el doctorado en educación.

Importante es recordar también el aporte otorgado a esa productividad por el convenio de doctorado en pedagogía con la Universitat Rovira y Virgili de Tarragona, España, el cual nos vincula a la academia internacional y desarrolla el concepto de la UNESCO de internacionalización del conocimiento por vía de la cooperación, que incluye el apoyo de esta institución al cambio curricular, actualmente adelantado en todas las carreras de la ULA Táchira.

Algunos otros elementos tan importantes como los ya mencionados ponen de relieve la magnitud de la empresa educativa en la región. Hablamos de la existencia de una de las mejores bibliotecas del área humanística en el occidente del país; un trabajo de extensión universitaria del cual se han beneficiado multitud de ciudadanos; los grupos culturales consolidados se han insertado en las diversas poblaciones de nuestra geografía logrando auspiciar los profundos sentimientos espirituales de nuestro pueblo.

Por otra parte, la presencia permanente en el Centro Penitenciario de Occidente del programa de estudios de

bachillerato ofertados por nuestros estudiantes, ha originado un plan nacional para centros similares. La emisora Universitaria, nacida de una necesidad comunicacional imperiosa, ha contribuido oportunamente a enraizar a la ULA en nuestra región.

Pero apreciados amigos, ustedes mejor que nadie saben que la historia está construida por los hombres, y como dijo Alfonso el Sabio “no se puede mirar el fondo de la actualidad sin mirar antes el fondo de la historia”, y ésta historia nos habla de un movimiento estudiantil, que, como dice la inmortal canción de Violeta Parra, siempre es “levadura del pan” en nuestra institución, que acompañado siempre por profesores, empleados y obreros con visión de futuro, transitaron la senda de hacer la historia, incluso a veces como Salvador Paniker advirtió, aprendiendo a caminar en la oscuridad.

Sin pretender, en lo absoluto, querer internarme en el terreno de la investigación histórica, sí es conveniente precisar algunos elementos para analizar los resultados de la presencia de la ULA en el Táchira. En primer lugar, esta historia ha sido edificada por colectivos, los cuales ordenaron sus proyectos coincidiendo en construir la utopía de que hablábamos inicialmente, pero recordemos a Garaudy: aquella posible, que sin negar el imaginario griego, ayuda a caminar en su búsqueda.

Pueden ustedes preguntarse ¿pero es que nunca hubo discrepancias? ¿O es que siempre anduvimos de la mano jugando a la ronda del tontorojil? No; siempre anduvimos de la mano del debate; de la confrontación de ideas entre nosotros, porque esa es la esencia de la universidad: sin ellos no se puede construir academia, que no puede sobrevivir sin las diferencias, y sin las cuales la investigación y creación se niegan a existir y la síntesis histórica perece.

En segundo lugar, ese colectivo lo conformamos nosotros, estudiantes y profesores, gente de la academia, milenariamente reconocida como tal, que entre errores y aciertos construyó vasos comunicantes con el entorno social y recibió las mejores respuestas para hacer posible lo que construimos entre todos: lo que hoy somos, una institución consolidada.

Hablamos entonces de tachirenses de amplios sectores sociales y políticos, acompañando siempre a la ULA en sus esfuerzos. Cito en particular dos ejemplos emblemáticos: cuando la comunidad universitaria tomó las calles para reclamar planta física propia, el empuje de la opinión pública tachirense fue decisivo para conseguir los recursos para el desarrollo de las instalaciones donde hoy funcionamos. Cuando nos correspondió impulsar la carrera de Medicina completa en el Táchira, el apoyo de la colectividad fue de tal magnitud que en la comisión

promotora que creamos, juramentada por el rector Miguel Rodríguez, participaron: el gobernador del estado para el momento, el obispo de la diócesis, representantes del sector económico, del gremio médico, y hasta una fundación sin fines de lucro fue creada por voluntarios con el propósito de apoyarla moral y económicamente. Con ese consenso conseguimos el financiamiento de diversos organismos públicos para ejecutar el proyecto.

Pero los mejores granos de arena, los más grandes, han sido aportados por la propia comunidad universitaria. No ha existido lucha por conquistar mejores destinos, que no haya sido impulsada por nuestros profesores, estudiantes, autoridades, empleados y obreros. Muchos de ellos no están ya presentes entre nosotros, como es el caso del rector de rectores Pedro Rincón Gutiérrez, epónimo de la ULA en el Táchira, hombre que, como dijo Andrés Eloy, refiriéndose a Gallegos: “estaba bien constituido por dentro”, y quien me recuerda el título del libro de Richard Back “ningún lugar está lejos”, porque su presencia siempre estará en la zona de luz de la memoria de los universitarios y será ejemplo perenne para las nuevas generaciones.

Hoy podemos decir que, pese a las dificultades, el espacio que tenemos se ha labrado con la participación de densos

sectores de la sociedad tachireNSE y del aporte inconmensurable de quienes hacemos vida universitaria.

¿Y qué ha significado todo esto para el Táchira? Pues contar con una institución que se ha enraizado en su devenir y ha sabido interpretar la tachirensidad, a la manera que Pascual Mora la define, comprometiéndose con los sentimientos, cultura y genuinas maneras de hacer y pensar de la gente de esta tierra.

Que ha vertido su saber y conocimiento acumulado en 221 años de historia –porque representamos una totalidad conformada por 10 facultades y 2 núcleos- en toda la geografía tachirensE, y que ha aprendido también de esa relación dinámica para enriquecer su acervo intelectual y su academia.

Que se ha comprometido a ayudar a construir eso que la UNESCO llama “nueva ciudadanía”, más participativa y responsable de los destinos regionales.

Que ha permitido fomentar igualdad de oportunidades a inmensos contingentes de bachilleres provenientes de estratos sociales deprimidos y acercar los resultados científicos, tecnológicos y humanísticos de su quehacer académico a los sectores productivos, sociales y culturales del Táchira.



Que ha ayudado de diversas maneras, como lo pide El Gabo, a incluir la cultura en la cesta básica de los habitantes de esta tierra

¿Está todo realizado? ¿Debemos quedarnos con lo logrado? ¿Hasta aquí debemos llegar? ¡No!. Definitivamente no. Hay nuevos desafíos y reflexiones sobre los cuales decidir. No es éste el momento para hacer disertaciones sobre las propuestas de cambio que la ULA necesita. Pero, para ser consecuente con lo pregonado, digo que lo único permanente es el cambio, el cambio para mejorar, y la universidad siempre ha sido, es y será una obra de nunca acabar, todo lo cual debe confluir en la cuestión fundamental cuando se habla de reforma universitaria, que con visión de Ortega y Gasset consiste en “acertar plenamente con su misión”, para que no sea “penas de amor perdido”.

Pero ojo, para que los cambios y la reforma se produzcan y profundicen el alma académica, siempre se ha constituido, desde su inmanente autonomía universitaria o desde el fragor por conquistarla. Nunca se han logrado desde la discrecionalidad del poder político que pretenda prescribir cómo debe pensar, actuar, sentir y ser la universidad; ni con proyectos hegemónicos de ningún signo que busquen condicionar el espíritu crítico propio de

la creación científica y humanística para ajustarlo a un presente concebido, erróneamente, como verdad revelada.

Señálenme ustedes una sola universidad en cualquier parte del mundo, que bajo sometimiento o sumisión al poder político produzca academia –razón del ser universitario- y yo borraré cada una de las palabras que acabo de pronunciar.

No es cuestión entonces de cambiar el pasado para adecuarlo al presente, sino de inventar algo nuevo y mejor para ajustarse al futuro.

Con la fuerza de la razón la Universidad debe salirle al paso a cualquier razón de fuerza que intente cooptar tres de los ámbitos de autonomía conquistados en su casi milenaria existencia:

1. el derecho a escoger a sus propias autoridades y organismos de gobierno.
2. el derecho a tener una actitud independiente del estado, desde la cual apoyarlo o criticarlo con posiciones provenientes de la verdad científica y del debate esclarecedor; a criticar o apoyar sus políticas cuando éstas sean claras y definan prioridades consensuadas

entre gobierno, empresa, universidad y sectores culturales, científicos, tecnológicos, sociales y plurales; y

3. la obligación de autorregularse para responsablemente rendir cuentas a la sociedad respecto del manejo de sus recursos, y la consecución de sus fines, metas, proyectos institucionales y planes de gestión.

Con la madurez representada por cuarenta años de historia de la ULA en el Táchira y la altura de se ejemplo, podemos afirmar que la Universidad tiene potencial para desarrollar estos ámbitos desde la fortaleza de su autonomía y de la capacidad de su comunidad, porque como dijo Shakespeare y regresando a la metáfora de la utopía: “estamos hechos de la misma madera de nuestros sueños”. Mientras tanto, digo con Nietze: *“permítanme soñar consciente que estoy soñando”*

**Gracias cada una y cada uno de ustedes.**